

EL ARTISTA JOSE ENRIQUE GUERRERO

Encuentro con el paisaje

Impresionista en sus comienzos, a su vuelta de París y los Estados Unidos donde realizó estudios de especialización, José Enrique Guerrero pintaba con colores diluídos a la manera de Monet. El desvanecimiento de esas notas melódicas impedía que fijara con resuelta vitalidad las imágenes plásticas. Sus cuadros adolecían de debilidad y de falta de consistencia. Mirando desde hoy, con mirada retrospectiva, esos paisajes de su primer mundo descubierto, pintorescos, elaborados con pastas espesas, se tiene la justa medida de la sorprendente superación técnica y estructural del actual artista madurado sobre la paleta y el constante estudio de los elementos pictóricos.

Cuando José Enrique se incorpora al grupo más joven de los pintores de ese momento inicial, en que se yergue una plástica acorde con el instante que vive el mundo, descubridora de nuestra tierra y del hombre que sobre ella se agobia, lo hace bajo el signo de la pintura social indigenista, voz entrañable y rebelde, que se hace grito denunciante brotando a lo largo y a lo ancho de toda esa herida geografía espiritual del país.

Al tratar tales motivos, el pintor José Enrique Guerrero acentúa la intención mayormente en el contenido de la obra, descuidando los elementos técnicos y formales. Deforma arbitrariamente y extiende grandes planos de color directo. La figura del indio, motivo humano central de esta plástica insurgente, pierde vida y aparece en postura hierática, sin llegar, desde luego, al estatismo dinámico que es conquista posterior.

Pero el defecto señalado en su pintura, correspondiente a esta época en que el sentimiento corre encabritado, no es un defecto personal. Era más bien actitud general en todos los artistas, que sólo buscaban afanosamente plasmar sentimientos, dedicando su atención, preferentemente, al tema, al fondo, al problema humano ahincado en la preocupación de los hombres nuevos.

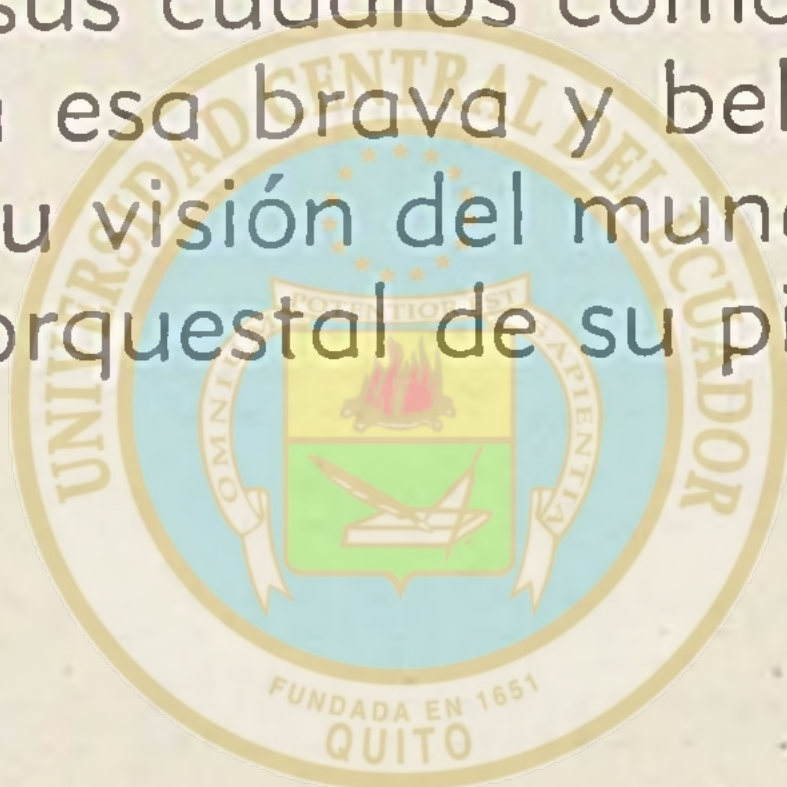
Pero Guerrero, si hombre de sana y honda humanidad, no sintió, sin embargo, el drama político, en el sentido de tesis, como acento primordial de su lenguaje pictórico. Lo sentía sí en su estremecida entraña de hombre. Abandonó, pues, el tema social, la pintura de composición humana, y escuchó el llamado íntimo de su verdad interior. Retornó entonces al paisaje que le devolvió la pureza de la visión del mundo, la libertad de expresar su pasión y sus sentimientos, y dejó correr su lirismo contenido en predios que no eran los suyos.

Desde entonces su acento plástico ha sido firme, sin vacilaciones, hasta colocarse en las primeras filas de la pintura contemporánea del Ecuador. En esta actitud de paisajista, su propia y legítima actitud artística, José Enrique conquista el primer puesto, el que le correspondía por su calidad, en la II Exposición Nacional de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Silenciosamente había trabajado su personalidad. Cuando convencido de su fuerza, convencido de su dominio de la materia plástica, decide enfrentarse a los demás, lo hace perfectamente enriquecido. De ahí que su presencia en esta notable muestra, en que toman parte todos los artistas del país, constituyó una verdadera sorpresa. Su obra, no libre aún de la tradición impresionista de la primera época, si bien valiosa como realización, se hallaba hundida, difusa, entre tonalidades grises, grises ricos de matizaciones, pero que, sin embargo, ocultaban la arquitectura del cuadro.

Más tarde, en virtud de su temperamento siempre en trance de nuevas conquistas, cuando interviene en la I Biental de Madrid, el señor Jean Creach, crítico de "Le Monde" de París, escribió en los siguientes términos sobre su personalidad de artista: "...el inmenso envío de América del Sur no habrá sido en vano porque habrá permitido a un pintor auténtico revelarse en Europa". Y más allá, refiriéndose concretamente a su cuadro "**Los Danzantes**", opina: "En una sala oscura del Museo de Arte Moderno se yergue un

panneau resplandeciente como un sol, una profusión de **Danzantes**, como José Enrique Guerrero, el ecuatoriano, nuevo Ensor, ha nombrado a sus extrañas figuras, personajes amontonados los unos sobre los otros sin cuidado de la perspectiva, con sus máscaras duras y frías como muñecas totémicas, revestidas de tiaras, de casullas pascales crispeantes, en los cuales cada trazo, cada golpe de pincel es un golpe de címbalo".

Desde este momento en que José Enrique descubrió el universo dramático de los danzantes y las máscaras, el momento gris quedó superado. Luego será su ingreso admirado en el mundo verde, estallante de colores y chillidos tropicales. Su admiración se detiene extasiada en la rica zona de Santo Domingo de los Colorados, y agarra el ambiente para sus nuevos paisajes. El hombre sobrepintado de la selva, veteado el cuerpo de encendidas líneas rojas, surge de la selva multicolor de sus cuadros como un pedazo redondo de paisaje arrancado a esa brava y bella naturaleza. La luz quedó amarrada a su visión del mundo, y la claridad constituye ahora la nota orquestal de su pintura.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

C. Bm. R.

NOTA:—

Desde el presente número, "**CUADERNOS DE ARTE Y POESIA**", revista de la Biblioteca General de la Universidad, circulará también en edición independiente.



MAMA CUCHARA

Oleo de José Enrique Guerrero.



QUITO HORIZONTAL

Oleo de José Enrique Guerrero.



DANZANTES

Oleo de José Enrique Guerrero.



QUITO VERTICAL

Oleo de José Enrique Guerrero.



DANZANTE

Oleo de José Enrique Guerrero.



"PAISAJE DE QUITO"

Oleo de José Enrique Guerrero.